

¿QUIÉN DIJO POSESTRUCTURALISMO?

**LA CREACIÓN DE UNA GENERACIÓN
INTELLECTUAL**

JOHANNES ANGERMULLER



entelequia n° 2

ISBN: 978-84-948922-4-0
Depósito Legal: M-39994-2019
© 2019 Dado Ediciones

© Autor: Johannes Angermuller
Título: *¿Quién dijo posestructuralismo? La creación de una generación intelectual*
Epílogo: Mario Domínguez
Traducción al castellano: César Rendueles, Igor Sádaba y Mario Domínguez
Primera versión en castellano: Paula Benítez y Paola Fleitas

© Versión en inglés: *Why There Is No Poststructuralism in France. The Making of an Intellectual Generation*. Londres, Bloomsbury, 2015.

Colección: entelequia n° 2
Primera edición: Diciembre 2019
Maquetación: Dado Ediciones
Diseño de cubierta: Pablo Garayzar
Tipografía: Linux ^{liber}_{time} Linux Biolinum y Lovelo de Hans Rezler

Ediciones DADO
C/ Suecia, 100, 2
28022 Madrid
dadoediciones@gmail.com
www.dadoediciones.org
Producción gráfica: Gráficas de Diego

ÍNDICE

Prólogo	9
1. El campo intelectual en Francia	11
1.1 «Posestructuralismo»: ¿un malentendido internacional?	11
1.2 Estructuralismo y posestructuralismo en la sociología de los intelectuales	17
2. Estructuralismo versus posestructuralismo: El nacimiento de una generación intelectual	33
2.1 La evolución de la Teoría: Del estructuralismo al «posestructuralismo»	33
2.2 Por qué no hay posestructuralismo en Francia: Foucault, Derrida y cia. en el campo intelectual francés .	43
3. Auge y declive de la generación estructuralista	73
3.1 De modernidad a posmodernidad: el campo intelectual desde la Ilustración	73
3.2 El auge de las ciencias humanas en los años sesenta y setenta	79
3.3 La formación de la generación estructuralista	96
3.4 El giro neoliberal de los años ochenta	104
4. De la Teoría en Francia a la Teoría francesa: La creación del «posestructuralismo» en la universidad posnacional	119
5. El momento de la Teoría: lo social tras la sociedad	139
Epílogo por Mario Domínguez Sánchez	169
Notas	179
Referencias	195
El autor	228

Prólogo

Este libro se inspiró inicialmente en un seminario impartido por Fredric Jameson en la Universidad de Duke en 1995, seminario que despertó mi pasión por lo que hoy en día se llama «Teoría» –el debate crítico en las ciencias sociales y las humanidades dirigido por figuras seminales de Europa y Estados Unidos como Jacques Derrida y Michel Foucault, Judith Butler y Slavoj Žižek–. Mientras realizaba mi doctorado bajo la supervisión de Dominique Maingueneau en París 12, Créteil (2000-2003), me interesé por la Teoría como un discurso que se refiere a sus contextos sociales de acogida. Cuando llegué a la *École des Hautes Études en Sciences Sociales* en 2012, donde algunos de los pioneros de la Teoría como Roland Barthes y Jacques Derrida habían enseñado, sentí que había llegado el momento de dar cuenta de la Teoría como un fenómeno histórico que había encendido la imaginación de generaciones de seguidores y comentaristas y cuyo estudio estaba ahora canonizado en las disciplinas.

Este libro comienza con un relato sociohistórico del auge y declive del estructuralismo en Francia bajo el marco de la teoría del campo de la producción simbólica de Pierre Bourdieu. Contextualizando un cuerpo de conocimientos teóricos un tanto característicos, este estudio considera a la Teoría como un discurso que se origina en un determinado tiempo y lugar, concretamente en Francia a finales de los años sesenta. La teoría comenzó con los polémicos debates sobre el estructuralismo, que en su mayoría han sido recibidos bajo

la bandera del posestructuralismo en otras partes del mundo. A la luz de las diferentes formas en que los protagonistas de la Teoría han sido recibidos en el interior y fuera de Francia, este libro insiste en los contextos sociales e institucionales en los que se puede escribir y leer el mismo conjunto de textos teóricos. Sin embargo, se considerará asimismo la Teoría como fuente de inspiración para la teoría social actual. Lo que este libro pretende hacer entonces es situar históricamente la teoría social ya no tanto en el orden cerrado y establecido de la sociedad, sino considerar lo social como un desigual conjunto de vínculos y lazos frágiles, de prácticas heterogéneas y de identidades polifónicas y subjetividades.

1

El campo intelectual en Francia

1.1 «Posestructuralismo»: ¿un malentendido internacional?

Se ha discutido desde hace treinta años sobre los teóricos franceses de los años sesenta y setenta, tales como Michel Foucault y Jacques Derrida, presentados en los discursos intelectuales internacionales como representantes de un paradigma conocido como «posestructuralismo» (a veces conocido como Teoría Francesa, «teoría posmoderna», o «deconstrucción», menos frecuentemente como «constructivismo» o «antihumanismo»). Sin embargo, en Francia se desconoce el término «posestructuralismo». Es indiscutible que teóricos como Michel Foucault, Jacques Derrida, Gilles Deleuze, Jacques Lacan, Louis Althusser, Julia Kristeva y Roland Barthes disfrutaron de una gran atención durante las controversias, marxistas, freudianas y estructuralistas, de los años sesenta y setenta. Pero en Francia, cabe preguntarse por qué los observadores internacionales les han colocado el particular prefijo «pos» a estos teóricos, cuyos proyectos alcanzaron la cima del interés público alrededor de 1970 y quienes por otra parte tenían muy poca relación entre sí. ¿Por qué se agruparon en un movimiento encabezado por figuras tan diferentes como Foucault y Derrida (véase Angermuller, 2007b)? Una entrevista realizada a Michel Foucault que se publicó en 1983 en la revista norteamericana *Telos* bajo el título de «Estructuralismo

y Posestructuralismo» documenta la falta de entendimiento al respecto por parte del supuesto líder del movimiento intelectual. Mientras el entrevistador norteamericano insistía en la posición de Foucault con relación al «posestructuralismo», este último respondía un tanto sorprendido e irritado «que detrás de lo que era conocido como estructuralismo, existía cierto problema (en términos generales, del sujeto y de la reformulación del sujeto). [Sin embargo, yo] no veo qué clase de problema es común para aquellos referidos a las personas que nosotros llamamos “posmoderno” o “posestructuralista”» (Foucault, 1994c: 447 [448]).^{1,2} Qué tragedia: ¡El líder de un movimiento que no sabe nada sobre su movimiento!

A pesar de las protestas adicionales de los demás teóricos franceses, incluido Derrida, quien calificó la identificación de su proyecto teórico con el «posmodernismo», el «posestructuralismo» y la crítica de las «metanarrativas» como un «grave error» (1999: 241-242), la etiqueta «posestructuralismo» se estableció por sí misma en el debate intelectual de los años ochenta y noventa en la América anglosajona, en Europa central, oriental y meridional, en América del sur y América central, y Asia oriental (en todos lados, a excepción de Francia). En ese sentido, Slavoj Žižek remarcó «el hecho crucial, pero constantemente ignorado, de que el propio término “posestructuralismo”, si bien está ligado a la Teoría Francesa, es un invento alemán y anglosajón. El término alude a la manera en la que el mundo anglosajón percibió y situó las teorías de Derrida, Foucault, Deleuze, etc. En Francia, nadie utiliza el término “posestructuralismo”» (Žižek, 1991: 142). E incluso hoy en día, las reacciones que los intelectua-

les franceses tienen al escuchar a sus colegas internacionales cuando hablan sobre el «posestructuralismo francés» tienden a variar desde el asombro hasta la irritación. Y cuando François Dosse, en un análisis verdaderamente relevante de las tendencias actuales en las ciencias sociales y humanas en Francia, consideró la existencia de un «ámbito intelectual posestructuralista» (Dosse, 1995: 19)³ que había surgido en ese país, los lectores internacionales no creen lo que ven sus ojos: que las clasificaciones de la historia intelectual recogen bajo el término de «posestructuralismo» precisamente a aquellos teóricos políticos liberales y filósofos morales neokantianos de los años ochenta que en su defensa de los derechos humanos, la democracia liberal y el individuo autónomo y libre, tratan de poner fin de una vez por todas al «sectarismo» político y a la «irresponsabilidad» política de un Jean-Paul Sartre, un Michel Foucault, o un Pierre Bourdieu.

¿Es posible que la discusión sobre «posestructuralismo francés» sea producto de un enorme malentendido internacional? Que las teorías de Foucault, Derrida y compañía circulen en una gran cantidad de contextos es una cosa, cómo se apropian esas teorías en sus diversos contextos es otra. Y cabe preguntarse «¿por qué los académicos literarios norteamericanos han dedicado tanta energía para importar el conocimiento francés, mientras que los estudios literarios de ambos países están intelectualmente tan desincronizados?» (Duell, 2000: 118). De hecho, el fenómeno del posestructuralismo es un ejemplo elocuente del papel del contexto en el que se reciben las ideas teóricas. ¿No se consideran estas teorías como productos de un movimiento o grupo intelectual

(«posestructuralista») en el debate internacional, mientras que en Francia se aprecian más bien como productos de teóricos de cierto período (específicamente de los años setenta)?

Así pues, al examinar las condiciones sociohistóricas en las cuales han surgido los discursos intelectuales sobre el estructuralismo y el posestructuralismo, este libro responde al descontento que a veces surge de la circulación irregular y asimétrica de ciertos textos, tanto de aquellos cuyo contexto de origen es un tanto abstruso en el debate internacional, como de la recepción internacional de los mismos en el ámbito francés (véase Angermuller, 2004a). Un ejemplo es la reacción de muchas teóricas feministas de Norteamérica quienes, tras volver de Francia, manifestaron su sorpresa por la falta de protagonismo [en la teoría feminista] de teóricos como Derrida y Foucault. Claire Goldberg Moses señala que las intelectuales francesas como Julia Kristeva, Hélène Cixous y Luce Irigaray, quienes no representaban más que una exigua minoría en el movimiento feminista francés, se consideran en Estados Unidos como representantes del incomparable «feminismo francés»: «Reconozcamos que el “feminismo francés” conocido en la academia estadounidense se creó en América» (Moses, 1998: 254, 257). En cambio, Naomi Schor nos recuerda la atención crítica que la corrección política y el multiculturalismo en Estados Unidos han recibido de los medios franceses. Estos encuentros han cuestionado a veces la fascinación por los teóricos franceses en Estados Unidos, y «lo que una vez fue una alianza izquierdista de intelectuales estadounidenses y franceses ahora se ha roto, al igual que a nivel nacional, las relaciones intelectuales francoestadou-

nidenses están en un mínimo histórico (¿cíclico?)» (Schor, 1992: 32). Del mismo modo, una observadora canadiense expresa su sorpresa al decir que «si alguien se ha quejado desde el principio de que “la crítica literaria” local parecía más “francesa” que “norteamericana”, lo contrario también es cierto: la “deconstrucción” comenzó a verse en gran medida como más norteamericana que francesa» (Comay, 1991: 47).

El gran interés por la Teoría Francesa en Estados Unidos tampoco puede pasar desapercibido en Francia. Para Joëlle Bahloul la exportación de la Teoría Francesa a Estados Unidos está asociada con el cambio de la perspectiva, durante la que «se recuperaron los grandes pensadores franceses de acuerdo con la tradición intelectual angloestadounidense [...] se habla más de Foucault, Derrida y Lévi-Strauss en Berkeley y particularmente en las universidades tejanas que en los seminarios antropológicos de la *École des Hautes Études en Sciences Sociales* (donde Derrida y Barthes enseñaron)». Por mi parte, me sentí perplejo ante este cambio posestructuralista radical de los años ochenta (1991: 49, 52).⁴ Y Jean-Philippe Mathy dictaminó el «extraño destino de la Teoría Francesa» en Estados Unidos, para «lo que era originalmente un corpus de textos muy demandados, arcaicos, filosóficos y críticos de una cultura extranjera que ha dado lugar a lo largo del curso de la última década a uno de los asuntos internos más debatidos y con gran fervor en la reciente historia norteamericana, que habla sobre el multiculturalismo, el estado de las universidades del país, y el futuro propio del tejido social y moral» (Mathy, 2000: 31).

Aunque tal vez no causen el mismo revuelo en Francia que el que han generado en todo el mundo por la recepción

del posestructuralismo, teóricos como Foucault, Deleuze, Lacan, Derrida y Barthes pueden ser considerados, en las ciencias humanas francesas (*sciences humaines*) y dentro de la filosofía, como una referencia teórica modélica. Los seminarios impartidos en el *Collège international de philosophie*, cuyo cofundador fue Jacques Derrida, las «décadas» de Cerisy/Pontigny, los numerosos grupos de lectura sobre el psicoanálisis de Lacan, revistas como *Multitude*, dan testimonio de la presencia generalizada de estos teóricos, quienes se han establecido tanto en los campos de investigación académicos especializados como en discursos intelectuales más amplios al llegar el nuevo milenio.

En su monografía *French Theory*, François Cusset realiza su primer intento de hacer más accesible al público francés el debate estadounidense sobre el «posestructuralismo». Para Cusset «la traducción que tuvo lugar fue importante y duradera, y no puede reducirse a una efímera tendencia de moda» (2003: 285 [271]).⁵ Posteriormente, los nombres de los teóricos franceses «se volvieron intensamente sobrecodificados a medida que se americanizaban con lentitud y que sus acentos franceses desaparecían [...], mientras que en Francia el alcance de este fenómeno nunca se consideró de verdad» (2003: 12 [2]).⁶ Por lo tanto, el debate internacional sobre el «posestructuralismo francés» está teniendo cada vez más repercusión en la agenda intelectual francesa. Esto se aplica a algunos filósofos políticos en particular, quienes han vuelto a abrir el capítulo intelectual que había parecido finalizar con el giro neoliberal de los años ochenta, como Antonio Negri, quien se hizo famoso junto con Michael Hardt por la teo-

ría política de la globalización (Hardt y Negri, 2000, 2004). O Jacques Rancière, uno de los coautores de *Reading Capital* (Althusser *et al*, 1965), y actualmente uno de los críticos más productivos de la exclusión política y social (véase Rancière, 1995); y Alain Badiou. Los logros teóricos de esta época, pues, continúan teniendo un efecto más amplio, lo que en palabras de Badiou «*toute proportion gardée*, cabe comparar con los ejemplos de la Grecia clásica y la Ilustración en Alemania» (Badiou, 2005: 67).

1.2 Estructuralismo y posestructuralismo en la sociología de los intelectuales

Ya no es un tema de debates controvertidos el hecho que Foucault, Derrida y compañía se hayan convertido hoy en día en parámetros de referencia en el discurso teórico del arte y las humanidades, ni en Estados Unidos, donde ellos mismos se han establecido como representantes de los estudios culturales, ni en Alemania, donde las invectivas contra el «nihilismo» y el «nuevo conservadurismo» han mantenido el barniz sensacionalista de los años ochenta. Además, las ideas de estos teóricos han introducido una variedad de terrenos disciplinarios. Sin embargo, ¿cómo se puede tener en cuenta la configuración específica del campo intelectual en Francia alrededor de 1970 cuando una moda rápidamente sucedía a otra? La bibliografía académica actual ofrece muy poca información sobre los contextos históricos concretos de producción en los que la efervescencia intelectual del estructuralismo tuvo lugar en los años sesenta y setenta. De este modo, un

extraño desequilibrio entre el debate sobre la Teoría por un lado y la historia intelectual por el otro parece haber evitado hasta ahora un examen exhaustivo del contexto histórico de este fenómeno intelectual.

Respecto a la Teoría, el debate se ha transformado en un campo (al menos en el terreno artístico norteamericano) con su propia división subdisciplinaria del trabajo. Se han creado innumerables títulos siguiendo el estilo de «Derrida, Foucault, Deleuze...» y en/para/por «la identidad, los problemas, y los estudios poscoloniales, científicos, bíblicos, relacionados con la orientación sexual...» (véase Lamont y Witten, 1988). El catálogo de la biblioteca de la Universidad de Harvard (a partir de febrero de 2006) testimonia el asombroso éxito que estos teóricos han conocido en diferentes idiomas.

En la mayoría de los casos, el inglés predomina como fuente secundaria existente sobre estos teóricos franceses, a través del cual se pueden considerar a Baudrillard e Irigaray como un fenómeno casi exclusivamente angloestadounidense. Además, en los casos de Foucault, Derrida, Lyotard y Kristeva, esta fuente secundaria internacional en francés raramente supera el 15%. Los autores cuya fuente secundaria es en francés y presentan un mayor porcentaje son Lacan (40%) y Barthes (33%). Más aún, la repercusión internacional de los teóricos franceses puede compararse fácilmente con los teóricos alemanes más importantes. «Habermas», por ejemplo, aparece en 509 títulos (de estos, el 45% está en inglés, el 37% en alemán, el 6% en italiano, el 4% en francés y el 3% en castellano), mientras que «Luhmann» aparece en 117 títulos (de los que el 69% está en alemán). Curiosamente, una

búsqueda sobre el sintagma «posestructuralismo» da como resultado 234 títulos, de los cuales el 82% está en inglés. ¡Y ninguno proviene de Francia!

Tabla 1. Fuentes primarias y secundarias sobre los teóricos franceses

Nombre	Fuentes	Inglés	Francés	Alemán	Italiano	Castellano
Foucault	652	56%	15%	13%	7%	5%
Derrida	494	61%	15%	14%	8%	<1%
Lacan	444	45%	40%	11%	7%	2%
Barthes	230	49%	33%	11%	7%	2%
Lévi-Strauss	219	47%	24%	9%	13%	6%
Deleuze	201	49%	26%	17%	8%	2%
Althusser	119	34%	26%	16%	13%	8%
Liotard	118	53%	14%	20%	6%	2%
Bourdieu	118	51%	25%	18%	2%	6%
Kristeva	94	77%	12%	5%	3%	3%
Baudrillard	89	75%	3%	15%	2%	2%
Irigaray	76	83%	4%	5%	4%	0%

No hay pues escasez de resúmenes e introducciones a las ideas teóricas del posestructuralismo. Entre la gran cantidad de documentos detallados, existen algunos ejemplos destacados: en Estados Unidos, Jameson (1972), Lentricchia (1980), Kurzweil (1996), Culler (1982), Leitch (1983), Berman (1988) y Jay (1994); en Reino Unido, Eagleton (1983), Norris (1982), Easthope (1988) y Sarup (1988); en el mundo germanoparlante, Frank (1983), Schiwy (1985), Zima (1994), Welsch (1987), Münker/

Roesler (2000), Bossinade (2000) y Stäheli (2000a) y en Italia, Ferraris (1984) y Tarizzo (2003).⁷

Sin embargo, la variedad de investigaciones sobre los contextos históricos y sociales de estos teóricos resulta menos extensa. En el debate teórico posestructuralista prácticamente no se intenta ubicar a dichos teóricos en sus contextos socio-históricos (véase Turkle 1992; Starr 1995). Además, se debe tener en cuenta el amplio reflejo antihistórico y antiempírico que se ha convertido en un distintivo del debate posestructuralista (para una historiografía «textualista» del término Teoría véase: French, 1995). Sin embargo, respecto a la historia del pensamiento y a la sociología de los intelectuales, el posestructuralismo presenta una enorme página en blanco en la mayoría de los casos. Los historiadores a menudo prefieren los capítulos «cerrados» de la historia intelectual francesa (Charle, 1990; Karady, 1986; Ringer, 1992; Sirinelli, 1988). Por otro lado, pueden destacar la dimensión política (en el sentido estricto) de la práctica intelectual, que explica cierta preferencia por los intelectuales «comprometidos», desde Dreyfus hasta Sartre (Bering, 1982; Chebel d'Appolonia, 1991; Colliani, 2006: 248 y ss.; Darke, 1997; Dufay y Dufort, 1993; Ory y Sirinelli, 1992; Sirinelli, 1995; Sirinelli, 2005; Winock, 1999), así como también por la relación de los intelectuales con el Partido Comunista Francés (PCF) y el maoísmo (Bowd, 1999; Christofferson, 2004; Hazareesingh, 1991; Judt, 1986; Khilnani, 1993; Matonti, 2005; Verdès-Leroux, 1983; Wolin, 2010) o por los eventos de mayo de 1968 y sus consecuencias (Brillant, 2003; Combes, 1984; Long, 2013; Hamon y Rotman, 1987; Reader, 1993; Ross, 2002).⁸ Así pues, la sociología clásica de los in-

telectuales parece mantener a veces una debilidad por «la figura intelectual heroica» (Leymarie, 2001: 3)⁹ que adopta una postura en los grandes debates nacionales sobre las preguntas existenciales y los valores máximos, lo cual le permitía con frecuencia retroceder a un segundo plano ante las reacciones y repercusiones impredecibles habituales en el ámbito menos transparente de la esfera pública transnacional.¹⁰

Aun así, el modelo clásico del intelectual comprometido, que privilegia la dimensión política de la práctica intelectual en un ámbito público nacional, apenas puede explicar la generación intelectual formada durante los años sesenta y setenta en la controversia sobre el estructuralismo. Por un lado, los teóricos de esta generación intelectual, se autorreconocen como simples intelectuales políticos. Asimismo se distinguen por sus posturas sobre cuestiones teóricas y estéticas (para la búsqueda de perspectivas que también incluyen problemas estéticos véase Mongin, 1998; Ross, 2002; Kauppi, 2010). Por otro lado, el debate que generan supera con rapidez las fronteras nacionales y adopta esas dimensiones discursivas, difícilmente localizables, que se asocian hoy en día con el término posestructuralismo.

Algunas biografías intelectuales (*Jacques Lacan*: Rou-dinesco, 1993; *Michel Foucault*: Eribon, 1994; Pestaña, 2006; *Louis Althusser*: Boutang, 2002; *Jacques Derrida*: Peeters, 2010; Baring, 2011; Mikics, 2009; *Lévi-Strauss*: Wilcken, 2010; *Pierre Bourdieu*: Lescourret, 2008; *Roland Barthes*: Calvet, 1990; *Michel de Certeau*: Dosse, 2002; *Jean-Paul Sartre*: Cohen-Solal, 1989; *Raymond Aron*: Baverez, 1993) ofrecen un buen acceso al contexto intelectual de esa época. Asimismo, un número

de monografías que tratan de los grupos intelectuales en torno a ciertas revistas intelectuales demostraron ser útiles (Hourmant, 1997; Poel, 1992; *Tel Quel*: Kauppi, 1990; Forest, 1995; *Esprit*: Boudic, 2005; *Critique*: Patron, 2000; *Nouvelle Critique*: Matonti, 2005; *Les Temps modernes*: Boschetti, 1984; *Socialisme ou Barbarie*: Gottraux, 1997; *Annales*: Dosse, 1987; Raphael, 1994). Aun así, por más información que estas obras demuestran aportar con respecto a los contextos intelectuales de las personalidades históricas únicas o de un grupo intelectual particular, apenas son capaces de dar cuenta de la situación intelectual general de la época.

Entre la documentación que sitúa dentro de un contexto intelectual más amplio las numerosas tendencias intelectuales y los proyectos teóricos de los años sesenta y setenta, podemos citar *Historia del Estructuralismo* (1992) de François Dosse que brinda un panorama sustancial de las tendencias intelectuales de la época. Desafortunadamente esta obra a veces carece de precisión suficiente para justificar la reivindicación de constituir una obra de referencia (véase la crítica de Eribon, 1994: 95-97). Por el contrario, Rémy Rieffel en *La Tribu des Clercs* (1993) (*La tribu de los escribas*), trata rigurosamente de los lugares y las instituciones de la vida intelectual en Francia. Sin embargo, no le presta la debida atención a la dimensión simbólica de la práctica intelectual. Finalmente, se debe mencionar la monografía *French Intellectual Nobility* (1996) (*Aristocracia Intelectual Francesa*) de Niilo Kauppi tanto por ser informativa como por comprender una base teórica sustancial. Kauppi se inspira en un teórico quien no sólo considera a la reflexión sobre las condiciones sociohistóricas de

la práctica intelectual como el núcleo de su proyecto teórico, sino quien también se ha convertido en una figura paradigmática del discurso intelectual en Francia desde mediados de los años ochenta: Pierre Bourdieu.

No todos considerarían a Bourdieu como uno de los representantes de la generación intelectual de los años sesenta y setenta. Sin embargo, se pueden dar al menos dos razones para incluirlo en dicha clasificación contando con distintos observadores como Dosse (1992), Ferry (1988b: 22 [xviii]) y Kauppi (1996: 136).¹¹ En primer lugar, Bourdieu es uno de los primeros que contribuyó al auge de las ciencias sociales y humanas en los años sesenta en Francia e instaló una de las escuelas más importantes de las ciencias sociales francesas después de la guerra (junto con Raymond Aron, Michel Crozier, Raymond Boudon y Alain Touraine). En segundo lugar, la sociología de Bourdieu está influenciada por el dominio de la teoría lingüística y semiótica de la época. El hecho de que rindiera homenaje a «la construcción de una teoría cultural que fue creada tomando como modelo la lengua de Saussure» (Bourdieu, 1986: 41)¹² es algo que se ve reflejado en sus primeros proyectos antropológicos (véanse los «tres estudios» de Bourdieu, 1972), los cuales claramente están inspirados en Lévi-Strauss. Aunque al introducir el «habitus» hace referencia a las prácticas de los productores, en lugar de la normativa abstracta de las estructuras sociales y simbólicas (véase Bourdieu, 1972: 174 y siguientes), no cuestiona el principio saussureano en el cual se contempla el espacio social como un universo «donde existir significa ser diferente» (Bourdieu, 1992: 223 [157]; véase Bourdieu, 1979).¹³

No obstante, se debe subrayar la distancia que existe entre Bourdieu y la mayoría de los otros representantes de la generación estructuralista. Con una rotunda exhortación en favor de una investigación social empírica, Bourdieu se distancia de la filosofía marxista y visionaria de Althusser, del estilo reflexivo de escritura de Derrida, de las metáforas experimentales de Deleuze y de la actitud apodíctica de Lacan. Ciertamente hay una variedad de afinidades, en particular con Foucault, quien apoyó el nombramiento de su excompañero de clase de la *École Normal Supérieure* (ENS) para el *Collège de France* y compartió los intereses de Bourdieu relacionados con el poder, el cuerpo y el lenguaje. Pero más que en Foucault, Bourdieu confía en una estrategia que supone tanto un firme afianzamiento en instituciones académicas como en proyectos teóricos que sirven para las exigencias investigadoras del campo académico. Otra característica distintiva es el hecho de que la importancia que Bourdieu le daba a los discursos intelectuales y políticos en general había alcanzado su cúspide máxima en los años noventa, durante la huelga general de 1995 y la fundación de la red antiglobalización «Attac». Por lo tanto, quizás como el último gran maestro intelectual de su generación, la ética académica y científica de Bourdieu discrepa del estilo profético visionario que caracteriza a los proyectos intelectuales de 1970.

De este modo, una sociología de los intelectuales franceses pertenecientes al periodo de posguerra debería considerar a Bourdieu no sólo como un objeto sociológico, sino también como el creador de un enfoque de investigación que se ha establecido ampliamente en la sociología intelectual: la teoría

de campo de la producción simbólica.¹⁴ Bourdieu resaltaba las limitaciones sociales que afectaban a los productores simbólicos en su campo, como por ejemplo, en los campos del arte vanguardista (véase *Las Reglas del Arte*, 1992), de educación elitista (*Nobleza de Estado*, 1989), de filosofía (*Meditaciones pascalianas*, 1997b; *La ontología política de Martin Heidegger*, 1988) o de ciencias (naturales) (1997a). Otros campos se discuten en numerosos artículos (1966, 1971, 1973, 1976, 1981, 1984b, 1987, 1990, 1991, 1996, 1999; Bourdieu y Boltanski, 1975; Bourdieu y De Saint Martin, 1987).

A pesar de que Bourdieu no ofrece ninguna definición estándar del campo, se pueden extraer de sus escritos las siguientes características: como un microcosmos dentro de un macrocosmos (el espacio social), el campo constituye un terreno estructurado donde los productores simbólicos compiten por las mejores ganancias (tales como el reconocimiento simbólico e institucional). Al plantear sus desafíos y productos simbólicos en el mercado del campo simbólico, los productores simbólicos apuntan a expandir el volumen de su capital, que consiste en varios recursos más o menos convertibles de, por ejemplo, capital cultural (educación) o capital económico (como un salario estable). La batalla entre distinción y reconocimiento no es una disputa entre iguales. Equipados con una determinada cantidad de recursos y bienes, los productores simbólicos entran al campo y sitúan los desafíos simbólicos (textos, proyectos, declaraciones) en el mercado simbólico de bienes para aumentar el capital invertido y dominar a los competidores. Un campo se distingue por su autonomía relativa, es decir, por reglas que se definen

en el campo y por las cuales pueden evaluarse la ilegitimidad de los productos simbólicos y el éxito de los productores simbólicos. A lo largo del tiempo las diferencias y las reglas que organizaban el campo penetraban en el habitus de los productores. Como un sistema de predisposiciones interiorizado, relativamente estable y más o menos involuntario, el habitus garantiza la homogeneidad en el ámbito de las posiciones socioeconómicas y en el ámbito del estilo de vida cultura, gustos y formas simbólicas de expresión. El habitus estructura las percepciones y las acciones de los productores al sincronizarlas con las oposiciones constitutivas del campo. Al igual que un mecanismo de mediación entre la estructura del campo y la praxis de los productores, el habitus permite a los productores descifrar el sentido de las prácticas culturales y de los productos simbólicos de otros productores simbólicos y así producir reacciones espontáneas y soluciones apropiadas para situaciones nuevas.

El campo se distingue no sólo por su jerarquía vertical, establecida por el volumen desigual del capital de los productores, sino también por las diferencias horizontales que resultan de la composición específica de su capital. Mientras que el capital cultural (como la educación) predomina entre los productores en las áreas del campo que Bourdieu identifica por lo común con la «izquierda», el capital económico o el poder institucional dominan la «derecha» del campo. La diferencia entre «izquierda» y «derecha» puede dar lugar a un conflicto entre una fracción «espiritual» (cultural) y una «temporal» (económica e institucional) de la clase dominante. Esta oposición tiende a estar acompañada de diferentes estrategias y

preferencias normativas de los productores. Mientras se defiende la autonomía del campo contra la invasión externa, los productores de la fracción «espiritual» siguen las reglas «adecuadas» del campo, reglas que organizan la producción del poder intelectual, científico y artístico. Por lo tanto, los productores «espirituales» tienden hacia las estrategias que apuntan a la dominación «pura» y simbólica, por ejemplo, proyectos simbólicos con una declaración vanguardista, lo cual es habitual en la mayoría de los miembros de la generación estructuralista. Por el contrario, sus contrapartes en el polo «temporal», quienes poseen los medios institucionales y económicos para decidir la trayectoria del resto, tienden a comprometerse con valores culturales más conservadores. Al carecer de legitimidad cultural adecuada, tienden a utilizar estrategias heterónomas para aprovechar los recursos energéticos externos al campo. Las preferencias normativas de Bourdieu se hacen más evidentes cuando prefiere utilizar las estrategias de producción autónomas antes que las heterónomas y cuando considera la defensa de las condiciones autónomas como la misión principal de los intelectuales.

Junto con la teoría de la mediación entre estructura y práctica, Bourdieu aboga por una sociología de los productores simbólicos que defiendan una distribución desigual del capital a costa de una sociología de los productos simbólicos. Al rechazar la «lectura interna» de los productos simbólicos que se sintetizan a partir del contexto social de su producción, Bourdieu señala las limitaciones y relaciones sociales de poder que afectan a los productores simbólicos, sin importar si mantienen estrategias de producción «autónomas» o «hete-

rónomas». Sin embargo, de acuerdo con Bourdieu, una «lectura externa» tampoco representa una solución convincente al rastrear el significado de los productos simbólicos hasta su contexto social de origen, dado que esto hace del texto una mera función de su contexto. Como alternativa, sugiere un procedimiento que, a través de un constante ir y venir entre lecturas internas y externas, reconstruya las estructuras del campo y de ese modo logre vencer la división entre el contexto social y el texto simbólico (Bourdieu, 1992: 288 [205]).

Por consiguiente, mientras que la producción simbólica de los intelectuales se halla sujeta a fuerzas sociales e institucionales, sus posiciones no están predeterminadas por la estructura del campo. En cambio, el campo debe concebirse como una estructura cuya objetividad es limitada y que demanda continuamente una reorganización tanto institucional como simbólica. En la medida en que la producción simbólica de los intelectuales da lugar a un excelente ejemplo de obligada innovación, de originalidad y singularidad en un terreno institucional bastante estable de relaciones sociales, el marco teórico de Bourdieu resulta útil. Y ante las condiciones específicas de la práctica intelectual en Francia, su enfoque puede resultar del todo ineludible.

Como mínimo pueden citarse tres aspectos que hacen de la teoría del campo una herramienta especialmente pertinente para analizar la situación de los intelectuales en Francia. En primer lugar, la rivalidad entre el centro opositor y la periferia es muy potente. De hecho, es tan poderosa que la vida intelectual en París a veces se utiliza como sinónimo de la vida intelectual en Francia, especialmente si pensamos

en tendencias intelectuales como el existencialismo y el estructuralismo. La profunda centralización de la producción simbólica deja marcas en el habitus de los productores, los cuales están dispuestos a buscar sus más importantes modelos a seguir, sus competidores y sus aliados en zonas geográficas bastante limitadas: una zona de unos 26 kilómetros cuadrados delimitada por *Porte de Clignancourt* al norte, *Porte d'Orléans* al sur, *Bois de Vincennes* al este y *Bois de Boulogne* al oeste. De hecho, pocos lugares están habitados por tantos académicos, artistas y eruditos independientes como la aglomeración que hay en París (*Île-de-France*, o Isla de Francia). Hay aproximadamente 600.000 estudiantes (*Ministère Éducation Nationale*, 2007), alrededor de 80.000 investigadores en sectores públicos y privados (lo que corresponde en torno al 40% de los investigadores en Francia, véase *Ministère Éducation Nationale*, 2005: 326), 60.000 profesores de secundaria, 16.000 docentes universitarios e investigadores (¡Cifra que ni siquiera incluye otras numerosas instituciones de educación superior! Véase *Préfecture Île-de-France*, 2006), al menos el mismo número de docentes e investigadores que viven en la capital pero que trabajan en las «provincias», así como también un amplio y desconocido número de artistas, periodistas y eruditos independientes. ¿Es de extrañar que la comunicación científica se produzca más rápido en este espacio que en cualquier otro lugar? ¿Constituye una sorpresa que las relaciones personales entre intelectuales abarquen la gama emocional en su totalidad, desde amigos cercanos hasta una antipatía profundamente cultivada? Si a veces el capital se asemeja a un universo intelectual altamente concentrado y

en cierto modo autosuficiente, ¿es de extrañar que tendencias de fuera de París (ya sea de otro lugar dentro de Francia, o del mundo francófono, o de países donde no se habla francés) tarden en ocasiones décadas en adquirir un punto de apoyo?

En segundo lugar, los intelectuales en Francia pueden ser bastante peculiares con respecto a sus niveles relativamente altos de disposición para organizarse a nivel nacional, ya sea en grupos en cierto modo consolidados institucionalmente, ya sea con afiliaciones más o menos exclusivas. En estos clanes, los productores no sólo actúan sobre el escenario, sino que también operan entre bastidores. Un individuo puede acceder a posiciones, recursos e informaciones necesarias tan sólo una vez que se haya convertido en miembro de un grupo. Un individuo tiene la oportunidad de ganar influencia simbólica e institucional a nivel nacional únicamente como portavoz público de un grupo.

En tercer lugar, hay un mercado desarrollado para bienes simbólicos (libros, revistas y obras de arte), que puede conseguir gran visibilidad pública para ciertos productores. Debido a leyes que protegen a los libros y su comercio, a un sistema diferenciado de librerías independientes y, no menos importante, a la presencia de librerías decentes de investigación, las cifras de venta de las publicaciones académicas a menudo eclipsan a las de otros países. Incluso en las ciencias sociales y humanidades, la producción de libros puede llegar a convertirse en un negocio lucrativo ya que el lector no siempre se limita a un círculo académico especial.

Estas tres características (centralización y concentración, el rol de los grupos y las redes, y un mercado desarrollado

para bienes simbólicos) demuestran las condiciones únicas de la vida intelectual en Francia. Sin embargo, no menciono estos puntos para apoyar la tesis de una *exception française* o el mito de «los intelectuales franceses». Por el contrario, quiero recordar las fuerzas sociales específicas que afectan a los productores simbólicos: la presencia de otros productores simbólicos que el individuo que quiere estar activo como un intelectual no puede evitar. Al parecer, en el contexto francés las líneas de diferenciación (arriba/abajo, dentro/fuera) son tan eficaces y estables como evidentes. Tal es la razón por la que quizá resulta especialmente difícil para el individuo aislado no desarrollar la impresión de que se está enfrentando al campo como un todo. El campo está ahí, cada día y en situaciones diferentes, sin importar la posición que el productor ocupe. Como expresó un observador norteamericano, «en Francia uno se ve forzado, no importa su posición, a hablar del campo como una totalidad» (Lemert, 1981: 651).

¿Cómo podemos justificar al campo que dio lugar a la Teoría? Sin tener en cuenta los contenidos teóricos, este libro prefiere indagar en cómo se asocian los textos teóricos con sus contextos y cómo se leen en sus campos. De este modo, lo que sigue a continuación no es la «historia» de la Teoría, sino en cierto modo, la «prehistoria», que comenzó en Francia en los años sesenta y setenta bajo el eslogan del «estructuralismo» y después fue recibida internacionalmente bajo el nombre de «posestructuralismo».

Este libro presenta un cuadro histórico del campo intelectual en Francia después de la guerra al seguir el auge y declive de la generación estructuralista. Después de leer la

recepción internacional del «posestructuralismo» (sección 2.1), en el capítulo 2 se desarrollarán las líneas institucionales del conflicto que hacen difícil considerar a los teóricos «posestructuralistas» como un grupo con un programa en común en el contexto francés (sección 2.2). En el capítulo 3 se ofrecerá un informe histórico de la evolución institucional del campo intelectual en Francia, constituido por tres polos importantes de producción simbólica: artes y ciencias, medios de comunicación, y estética. Después de presentar un modelo sociocultural del cambio (sección 3.1), se explicará el auge y declive de la Teoría en Francia (secciones 3.2 a 3.4). En el capítulo 4, se discutirá cómo la Teoría en Francia se ha convertido en la «Teoría Francesa» dentro de las humanidades norteamericanas. Los capítulos del 1 al 4 se basan en la teoría de campo de Bourdieu para abordar la creación de la Teoría en Francia y en el extranjero, y en el capítulo 5 se reflejarán las perspectivas posclásicas que la Teoría puede ayudar a abrir en el pensamiento social.

El autor

JOHANNES ANGERMULLER (Erlagen, Alemania 1973-). De 2009 a 2012, enseña como Profesor de Sociología de la Educación en la Universidad de Mainz (Alemania). En 2012, fue nombrado Profesor de Análisis del Discurso en el Centro de Lingüística Aplicada en Warwick (Coventry, Reino Unido). Ha sido asimismo profesor de análisis del discurso, lenguajes y lingüística aplicada en la Open University (Milton Keynes, Reino Unido) desde 2019. Si bien sus intereses de investigación se centran en el posestructuralismo y los efectos sociales del uso lingüístico, especialmente en la construcción discursiva del orden social, ha estudiado tanto discursos académicos, como educativos y políticos. Es ponente de la Junta Científica del *Institut Solidarische Moderne*, está afiliado al Centro de Lingüística Aplicada en Warwick, y es miembro de CEMS/EHES en París. Actualmente vive entre Londres y París. Entre sus últimas publicaciones y colaboraciones destacan *Analyse du discours et dispositifs d'énonciation. Autour des travaux de Dominique Maingueneau* (2015), *Why there is no poststructuralism in France. The making of an intellectual generation* (2015), *DiskursNetz: Wörterbuch der interdisziplinären Diskursforschung* (2014), *Poststructuralist Discourse Analysis: Subjectivity in Enunciative Pragmatics* (2014), *Postdisciplinary Studies in Discourse* (2014), *Diskursforschung. Ein interdisziplinäres Handbuch. Band 1: Theorien, Methodologien und Kontroversen* (2014), *Les discours de l'économie* (2013), *Le champ de la théorie: Essor et déclin du structuralisme en France* (2013) y *Analyse du discours poststructuraliste. Les voix du sujet dans le langage chez Lacan, Althusser, Foucault, Derrida, Sollers* (2013).

DADO Ediciones es una microeditorial interesada en publicar libros inéditos de carácter científico-social con una clara vocación política, aunque no sea de intervención directa ni de demostración militante. No pretende aprehender la totalidad de los fenómenos sociales, ni se declara apta para organizar la sociedad en sus aspectos teóricos o pragmáticos. Tampoco se erige en portavoz del antagonismo, de la rebeldía, de la oposición, del contrapoder o de la docencia progresista. Más bien evita todos esos lugares comunes de la divagación actual que parecen haber convertido un humilde oficio, como la edición de libros, en un dogma de consolación. Tan sólo se apasiona por la ambición de la crítica y por su difusión a través de un medio tan convencional como poderoso, el libro.

Colección DISONANCIAS

1. ALAIN BROSSAT

El gran hartazgo cultural

2. ROBERTO RODRÍGUEZ (ed.)

Contrapsicología

3. ARNAULT SKORNICKI

La gran sed de Estado. Michel Foucault y las ciencias sociales

4. JORGE FERNÁNDEZ GONZALO

Manifiesto pospolítico

5. GENNARO AVALLONE y ENRIQUE SANTAMARÍA (coords.)

Abdelmalek Sayad: una lectura crítica

6. COLECTIVO AUFHEBEN

El retorno de la crisis. La crisis financiera de 2007 y su paso por Europa

7. JUAN MANUEL CINCUNEGUI

Miseria planificada. Derechos humanos y neoliberalismo

Colección ENTELEQUIA

1. ANDRÉS LOMEÑA

Ficcionología

2. JOHANNES ANGERMULLER

¿Quién dijo posestructuralismo?

Colección INÉDITA

1. MAURICE HALBWACHS

Los orígenes del sentimiento religioso según Durkheim

2. ALFRED SOHN-RETHEL

Trabajo manual y trabajo intelectual

3. DAVID J. DOMÍNGUEZ (ed.)

Clío en disputa. El debate epistemológico entre sociólogos e historiadores (1903-1908)

4. DANIEL SUEIRO

La pena de muerte: ceremonial, historia, procedimientos

Colección FILOSOFÍA Y SOCIEDAD

1. JOSÉ LUIS VILLACAÑAS y RODRIGO CASTRO (eds.)

Foucault y la historia de la filosofía

2. EMMANUEL CHAMORRO y ANXO GARRIDO (eds.)

Fue solo un comienzo. Pensar el 68 hoy.

Colección VARIACIONES

1. DOMINIQUE CARDON

Con qué sueñan los algoritmos

* * *

ENTELEQUIA indaga en los textos que se refieren a ese estado o tipo de existencia en el que una cosa está trabajando activamente en sí misma hacia la consecución de un fin intrínseco. Una situación perfecta e ideal que solo existe en la imaginación porque alcanza la autosuficiencia. Territorio de la retórica, la poética, la literatura, la metanarrativa.



La presente edición de *¿Quién dijo posestructuralismo?*
La creación de una generación intelectual,
de Johannes Angermuller se terminó
de imprimir en Gráficas de Diego,
Madrid, en diciembre de 2019

